

siglo iv á un presbítero, de nombre Equicio, y quien lo cedió á San Silvestre para edificar un oratorio subterráneo en honor de la Virgen, ántes de la conversion de Constantino. Verificado este gran suceso, trasladado el Pontífice desde el monte Soractes á la ciudad, el oratorio fué ya iglesia abierta al culto público, y en ella se celebraron, bajo el Pontificado de San Silvestre, dos concilios, al primero de los cuales concurrieron doscientos ochenta y cuatro obispos, y al segundo doscientos treinta, con asistencia tambien de Constantino: este venerable recinto, sepultado por espacio de siglos en el fondo de la tierra, fué descubierto á mediados del xvii: hoy son dos las iglesias, que se comprenden en la denominacion de San Martin y San Silvestre: la superior, formada por tres naves de columnas antiguas y rica de mármoles y de pinturas (son muy de notar los frescos de Poussin), guarda las reliquias de ambos santos; la inferior ó subterránea ofrece un curioso mosaico de los primeros siglos, y el respaldo en piedra de la silla pontifical de San Silvestre. El Santo Pontífice recibe culto en el lugar mismo en que hace mil seiscientos años invocaba á la Virgen con el título escrito en el mosaico de *gaudium christianorum*. La impresion que produce este oratorio subterráneo, donde se arrodillaron los fieles del siglo iv y tuvieron asiento Constantino y Santa Elena, en medio de una asamblea de Obispos, no se parece en nada á la que producen las otras cámaras de las mismas termas, donde la vista busca afanosa los últimos vestigios de los arabescos, que allí trazó la mano del artista: en el oratorio, los ojos corporales tienen poco en que deleitarse; la arqueología halla algo que describir; la razon tiene mucho que aprender; la fe descubre espacios infinitos por donde volar.

EL MONTE CELIO.

TRADICION.— HISTORIA.— MONUMENTOS.

I.

El monte Celio formó una region importante, la primera de las cuatro en que se dividia la ciudad durante los siglos, que median desde Servio Tulio hasta Augusto; y la segunda de las catorce en que el fundador del imperio distribuyó la vastísima extension de su capital: region *Suburana* en los tiempos de los reyes y de los cónsules, region *Cælimontana* en la época de los emperadores, esta irregular colina, la más triste y deshabitada de la Roma moderna, figura en la historia de la Roma antigua como teatro de importantes acontecimientos, y vióse un dia coronada por templos insignes, pórticos bellos y casas deslumbradoras.

Antes de ser region de Roma, fué selva de encinas; *Mons quæretulanus*: éste era su nombre, hasta que en la guerra de Rómulo con Tacio, segun pretenden unos eruditos, ó en tiempo de Tarquino el Viejo, segun afirman otros, tomó posicion y posesion en aquella altura cierto caudillo etrusco, denominado Celes Vivenna, y el monte empezó á llamarse Celio. En ésta, como en todas las otras colinas, ántes que historia hubo fábula; ántes que edificios bosque; y áun pudiera decirse que el Celio excede á todos los otros lugares clásicos de la ciudad

de Roma, en la fama de sus valles y sus fuentes y en la fortuna de sus poéticas tradiciones. Cuan deleitable sería el bosque de las Camenas, donde surgian limpios manantiales y se deslizaban mansos arroyuelos, pruébalo bien el amor con que el Rey Numa lo recorría y paseaba, todo abstraído en misterioso coloquio con la ninfa Egeria, benéfico genio de la gente latina, que allí, en el silencio de la noche, ó en el ambiente embalsamado de la mañana, deja escuchar palabras de sabiduría, que el sucesor de Rómulo se apresura á traducir en leyes.

No busque hoy el viajero los oscuros restos de aquel antro de la ninfa, ni el lugar donde la fuente murmuraba, ni el suelo donde crecieron las flores del valle ameno: las revoluciones geológicas, los hundimientos y transformacion de una parte del Celio, han borrado para siempre aquellos caminos y lugares, que tan sólo existen ya en los escritos de Ovidio y de Silvio Itálico, de Stacio y de Lactancio. ¡Poder de la inteligencia! Unos pobres pergaminos, un débil papel, han durado más que las encinas seculares y que los bosques sagrados. Los *ciceronis* de Roma conducen al viajero á dos millas fuera de la puerta Capena, y le muestran un delicioso bosquecillo con su gruta, dentro de la cual se conserva una pequeña estatua yacente: no léjos hay un templo: de todo lo cual deducen que el bosquecillo es el valle de la ninfa; la gruta, el antro famoso descrito por Juvenal; la estatua, el simulacro mismo de la feliz inspiradora de Numa; el templo vecino, el de las Camenas. No hay más dificultad para toda esta excursion á traves de los siglos, sino que el valle adonde nos llevan, junto á la via Appia, dista mucho de aquel otro que Numa visitaba en la falda occidental del Celio: que el antro es simplemente un ninfeo de alguna *villa* particular, cuya construccion no sube más arriba del tiempo de Vespasiano; que la estatua es probablemente la del rio ó fuente, que refrescaba aquel sitio de recreo; que el templo vecino (ahora iglesia de San Urbano), era un templo de Baco, perteneciente al siglo III de la era cristiana. La historia de las ruinas de Roma es muchas veces, en boca del vulgo y de los guías empíricos, una verdadera ruina de la historia.

No fué el Celio, en las primeras edades, una region de gran vida como el Palatino, ni de esplendoroso culto como el Capitolio, ni de tradiciones aristocráticas como el Quirinal: su destino parece ser el de perpétua morada de extranjeros: *aram adventitiorum deorum* le llamará Tertuliano con perfecta exactitud. Ni latinos ni sabinos, propiamente tales, ocupan las alturas del Celio en los tiempos á que se refiere la fundacion histórica de la ciudad: los etruscos, á cuyo frente pelea Celes Vivenna, toman partido á favor de la causa que pudiera llamarse romana, es decir, contra los sabinos: más tarde, vencedores éstos, y destruida la entónces poderosa Alba longa, centro principal de la confederacion latina, Tulo Hostilio aloja sobre el Celio los restos de la poblacion sojuzgada, forma allí un inmenso cuartel de vencidos, y aquel rey, sabino de origen, pone su morada en la misma colina, como para vigilar de cerca á sus nuevos súbditos, entre los cuales están las familias más ilustres de la que fué Alba longa, la familia Julia, que un dia producirá al gran capitán, árbitro de los destinos de Roma y de la paz del universo. El Celio puede, pues, contarse entre las colinas plebeyas de la antigua ciudad: á sus piés se extiende, continuando la via Sacra y dirigiéndose sobre el Esquilino, la populosa y gritadora *Subura*, el barrio bajo, en todos sentidos, de Roma, el hervidero de todos los vicios y de todas las miserias de la capital del mundo. Á la extremidad oriental del monte Celio estuvo el templo de la Felicidad, que ostentaba en su pórtico las estatuas de las Musas de Téspis y una Vénus, obras insignes de Praxitéles. Hacia la mitad del monte fueron un dia las mansiones ó cuarteles de los albanos. Á la falda del mismo, sobre la via triunfal, se alzaba *el Horreum* ó almacén público, especie de banco de depósitos, donde se guardaban las alhajas y objetos preciosos de los particulares; los templos de Hércules vencedor y de Minerva cautiva (*capta*), al norte de la montaña, viven ya tan sólo en el recuerdo de los historiadores: el templo de Diana, en el pequeño Celio (*Celiolo*), cedió su puesto á la devota iglesia de los Santos Cuatro Coronados: al antiguo campo marcial, construido sobre el Celio para suplir al verdadero campo Marcio, cuando

las inundaciones del Tíber impedian en él los juegos y las carreras, daba ingreso el arco de Dolabella y Silano, que todavía existe: sobre su recinto se levanta la iglesia de San Gregorio. El campo de los soldados extranjeros, *Castra peregrina*, sostiene hoy la iglesia de la *Navicella*. Quizá los ámbitos de San Estéban redondo corresponden á los ámbitos del *Macellum magnum*, mercado famoso en los tiempos más florecientes de Roma. Un templo habia consagrado sobre el Celio al emperador Claudio su mujer Agrippina, más cuidadosa de la apoteosis del muerto que del honor del vivo: destruyó el templo Neron, para llevar adelante la colosal locura de su casa de oro; Vespasiano lo restauró, atento á borrar en lo posible las trazas de aquella locura colosal; del templo de Claudio, que se ostentaba magnífico en donde terminan los arcos Neronianos, sostenedores del gran conducto del agua Claudia, hoy quedan sólo escombros y ruinas, que pueden verse en el jardín de los padres pasionistas, hermosa explanada que da frente al Palatino y domina la via Triunfal y el anfiteatro Flavio. De la casa del rico Mamurra, con su vestíbulo y sus pórticos, con su lujoso atrio toscano, sus triclinios y su peristilo, sus exedras y cenáculos, su biblioteca y su pinacoteca; de aquella casa, primera de un particular, en que se prodigaron los mármoles y los preciosos objetos del arte griego, cuya suntuosidad le valió ser considerada como tipo de viviendas espléndidas, nada ha sobrevivido á los estragos del tiempo; ni puede apenas determinarse el área que ocupó: más venturosa la casa de los Lateranos, ilustre familia de cónsules, dió su solar en los días de Constantino para una Basílica, que hace á la vez perdurables el nombre del Emperador, que la erige, y el de los antiguos dueños del terreno, en que se levanta. San Juan de Letran, dominando y coronando el monte Celio quince siglos hace, indemniza bien á la region Celimontana del abatimiento y tristeza á que la redujeron sus propias condiciones topográficas, y las vicisitudes y guerras, que tantas veces agitaron á la ciudad de las siete colinas.

II.

El más insigne monumento de aquella region Celimontana, hoy comprendida casi por entero en la de *I Monti*, es San Juan de Letran, la Basílica Constantiniense, consagrada al Salvador en la primera mitad del siglo iv. El emperador Constantino y el Papa San Silvestre son dos figuras históricas, que se agrandan más y más á medida que el tiempo corre, como crece la sombra de los cuerpos que se alejan. Beneméritos insignes de la civilizacion, fundaron, puede decirse, el pacto solemne entre la Iglesia y el Estado, establecieron las bases de un derecho sapientísimo y fecundo en beneficios; crearon una sociedad nueva, inteligente, sobre el principio de la armonía íntima entre los poderes espiritual y temporal, armonía en cuya virtud el príncipe se arrodilla ante el sacerdote, y el sacerdote á su vez reconoce y ampara la majestad del príncipe. Fuera de la doctrina evangélica, ni se explica la verdadera teoría de la autoridad, ni se comprende en su justo alcance el deber de la obediencia. Constantino, asistido con luz de lo alto, entra en el gremio de la Iglesia católica, es decir, logra, dejándose vencer por la verdad, una victoria mayor que la obtenida sobre Maxencio; los pobres de las Catacumbas realizan la conquista del imperio. Á la Roma de los bosques y de las ninfas, á la Roma del Foro y de las curias, de los circos y de los templos y de los pórticos; á la ciudad de mármol y alabastro, rica en termas y en jardines, sucede la Roma de los cementerios y de las confesiones, la ciudad de las Basílicas.

Aquella casa del ciudadano y cónsul Plaurio Laterano, muerto por orden de Neron (*Cesariano truncatus est gladio*, escribe San Jerónimo), casa egregia al decir de Juvenal, que á título de confiscacion perteneció desde entónces á los emperadores, va á ser por voluntad de Constantino la morada del Sumo Pontífice. Cuando el cristianismo se levanta glorioso desde los ce-

menterios de la via Appia al trono de los Césares, su jefe en la tierra, el sucesor de los apóstoles, sube á su vez á ocupar las cumbres de la region Celimontana, dominando desde ella los tres puntos culminantes de la ciudad: el Capitolio, con su templo de Júpiter, el Palatino, con su palacio de los emperadores, y el Anfiteatro con su hirviente muchedumbre. El paganismo está vencido; el trono imperial honrado, el pueblo va á ser libre en la santa acepcion de la palabra.

El genio y la devocion de Constantino multiplican las obras destinadas á dar espléndido testimonio de la feliz transformacion operada en el imperio: una Basílica se levanta en la colina Vaticana, junto al circo de Neron, donde reposan los restos del Príncipe de los Apóstoles: al extremo opuesto de la ciudad, en la via Ostiense, otra Basílica señalará á las generaciones futuras el glorioso martirio de San Pablo, apóstol de las gentes. En la misma region de *los Montes*, junto al ángulo más oriental de las muras de Roma, sobre el palacio Sesoriano, se erige en el mismo siglo y por el mismo Emperador la Basílica de Santa Cruz *in Gierusalemme*, enriquecida con las reliquias que trajo de Oriente la emperatriz Santa Elena. Más léjos, en la via Tiburtina, sobre el que fué campo de *Verano*, álzase la Basílica de San Lorenzo; fuera de la puerta Pía, la de Santa Inés; y en todas partes ondea el victorioso y bendito Lábaro de Constantino como emblema de saludable regeneracion.

La Basílica del Salvador, que por el lujo y primores con que fué adornada, recibió de los sencillos cristianos de las Catacumbas el nombre de Basílica Aurea, primera en dignidad, no sólo en Roma, sino en el orbe, tuvo al punto, y conserva todavía, el título excelso de *Sacrosanta Ecclesia Lateranensis omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput*: en su sagrado recinto siempre abierto, de dia y de noche, hallaban asilo y socorro los criminales arrepentidos, que escapaban de las cadenas ó del calabozo, para constituirse en cautivos voluntarios de la penitencia y de la caridad. Basílica Constantiniana y del Salvador hasta el pontificado de Lucio II, Basílica de San Juan de Letran, desde que aquel Sumo Pontífice (año 1144) estableció en ella el culto particular de los santos Juan Bautis-

ta y Evangelista, creció siempre en magnificencia esta insigne catedral del Papa, hasta principios del siglo XIV, en que un incendio voraz la destruyó. De su pórtico, sostenido por seis columnas, de sus cinco naves, de sus mármoles de Tiberiades, de sus estatuas, de sus relieves, de sus riquezas acumuladas en siete siglos, apenas dejaron vestigio las llamas en la víspera del día de San Juan de 1308. La Santa Sede habia sido ya trasladada de las orillas del Tiber á las orillas del Ródano; pero llegaban hasta Avignon los clamores del pueblo romano, las sentidas súplicas de Petrarca, pidiendo la reparacion de la Basílica Constantiniana, de la madre de todas las iglesias. La Basílica fué restaurada en aquel mismo siglo, embellecida en los siguientes, y reedificada hácia la mitad del XVII por solicitud del Papa Inocencio X, que dió al arquitecto Borromini la direccion de la obra con el expreso mandato de que se conservara lo más posible del plan y adornos de la iglesia antigua. Más moderna es todavía la fachada principal, la del lado de oriente; el Papa Clemente XII dispuso su construccion en 1734, y el arquitecto Galilei la llevó á cabo, no sin fortuna; que los dos pórticos, de que se compone, y los cinco arcos que cada uno ofrece, y las columnas corintias, que los decoran, constituyendo el pórtico inferior el vestíbulo ó entrada, y el superior la gran *loggia* ó balcon, desde donde el Pontífice Sumo bendice al pueblo en ciertas solemnidades, forman un conjunto armónico y agradable, digno de alabanza, si se tiene en cuenta la época á que aquella arquitectura pertenece. Desde que se franquea el umbral del vestíbulo, ni los piés huellan más que mármol, ni la vista descubre más que objetos, que excitan admiracion. Una gran estatua guarda la entrada de la Basílica por esta parte de la fachada principal; otra estatua hay en el otro pórtico de la misma Basílica, llamado de Sixto V, correspondiente á la fachada lateral, una y otra representan dos ilustres guerreros de distintos y distantes siglos, convertidos á la misma fe por obra de la gracia: uno es Constantino el Grande; otro es Enrique IV el Bearnés. El aspecto interior de la Basílica no se parece al de nuestras catedrales góticas, ni reviste (excepto la parte del coro) el carácter severo de los primitivos templos cristianos, el

carácter que tendría la propia Basílica del Salvador consagrada por San Silvestre, por más que se haya pretendido guardar su genuina disposición. La abundancia de luz, la resplandeciente limpieza de los mármoles, los cuatro órdenes de pilas-tras, que forman las cinco naves, las dos filas de estatuas colosales de los Apóstoles, y encima los bajo-relieves en estuco y los cuadros ovalados, producen una primera impresión de galería, ó gran museo, que sólo se desvanece cuando, después de avanzar algunos pasos, se llega al crucero y se contempla el altar Papal con su gran tabernáculo de estilo gótico, sostenido por cuatro columnas de granito. Aquel altar de mármol sirve para proteger otro muy modesto, de madera, pero que tiene un altísimo origen: es el altar mismo en que Pedro celebraba el misterio augusto instituido por su divino Maestro: es el altar á cuyos pies se postró la primera generación de la gran familia cristiana. ¡Admirable coincidencia! La Basílica Lateranense, que posee entre sus venerandas reliquias la tabla de la Santa Cena, tiene en su altar mayor la tabla del altar de San Pedro. Encima, sostenido por cuatro columnas de mármol egipcio, con capiteles corintios de bronce dorado, hay un suntuoso tabernáculo, que guarda las cabezas de San Pedro y San Pablo. Los bustos de plata y oro, en que se encierran, fueron ofrenda, á principios de este siglo, de una ilustre dama española, la Duquesa de Villahermosa, que también dejó muestras de su devoción y munificencia en el relicario de la Basílica de Santa Cruz. Al otro lado del altar, en el ábside ó tribuna, hallanse los vestigios de la primitiva Basílica: todo allí respira antigüedad: la bóveda ostenta pinturas en mosaico de los Apóstoles y otros Santos, obra de Jacobo Turrita, célebre mosaicista florentino del siglo XIII, cuyo nombre está allí escrito con el de Frá Jacobo de Camerino, *socius magistri*, y también los retratos de ambos artistas con el de Nicolás IV: entre todas aquellas pinturas es de admirar, muy bien conservada, la que representa el Salvador, tenida por los fieles en tan profunda veneración, como piadosa es la creencia de que se apareció en el muro donde está, al ser consagrada por San Silvestre la Basílica primitiva; es lo cierto, que aquel hermoso busto,

que domina la bóveda y el templo, ha sido respetado en todas las restauraciones.

En el fondo de la nave transversal se ve el altar del Sacramento, notable por su riqueza extraordinaria y por las cuatro grandes columnas corintias de metal dorado, que lo adornan, y á las cuales la arqueología cristiana ha atribuido diversos orígenes: unos creen que fueron del templo de Júpiter Capitolino: otros, que pertenecieron al templo de Jerusalem, de donde las trajo Tito, vencedor de aquella ciudad: hay quien las supone procedentes del templo de Némesis, y quien las imaginó del templo de Aténas, transportadas á Roma por Sila. La opinión más recibida entre los eruditos es la primera; según ellos, las columnas de San Juan de Letran estuvieron en el templo de Júpiter Capitolino, como ofrenda de Augusto, que las hizo construir con el bronce de las naves de Cleopatra, aprehendidas en la batalla de Actium: acaso aquellas mismas:

..... *Navali surgentes cere columnæ,*

celebradas por Virgilio en las *Geórgicas*.

Cuando se observan detenidamente estos maravillosos pormenores y los monumentos, que entre aquellas otras grandes columnas de mármol y en aquellas capillas hay depositados, el espíritu, elevándose sobre la exuberancia de las artes, que hieren en el primer momento los sentidos y produce una impresión algo profana, se impone pronto y acaba por triunfar sin gran esfuerzo. Aquellas mismas estatuas colosales de los doce apóstoles, no todas de igual mérito, pues las de Santiago el Mayor y San Mateo, de Rusconi, exceden con mucho á las otras diez, los doce profetas, pintados en la parte más alta, y en medio los grandes relieves, que representan sucesos del Antiguo y del Nuevo Testamento, completan, si bien se considera, el cuadro magnífico de la religión católica en la iglesia, que es madre y cabeza de todas las del orbe: hay allí un simbolismo lleno de sabiduría y admirablemente presentado. Doce asuntos de la *Biblia*, que abrazan desde el Paraíso hasta la Resurrección de Jesucristo: encima doce profetas, que se cuentan desde Isaías, que anuncia la Concepción de una Virgen

(*Ecce Virgo concipiet*), hasta Nahún, que ve la Transfiguración gloriosa del Señor y cómo se propaga su Evangelio (*Ecce super montes pedes evangelizantis, et anunciantis pacem*), debajo doce apóstoles, predicadores de la nueva doctrina: el primer concilio de la Iglesia católica. Los profetas en pintura; los sucesos bíblicos en relieve: los apóstoles en escultura colosal. ¿No es verdad que hay algo de místicamente estético en esta feliz concurrencia de las artes á la exornación de la Basílica Lateranense? No es posible enumerar y describir todos los objetos, que en el orden religioso, histórico y artístico ofrecen importancia en esta hermosa catedral del Sumo Pontífice: pero tampoco es lícito pasar de largo delante de algunas de sus capillas. Á la izquierda está la primera, la de Corsini, verdadero gabinete de un museo de escultura cristiana. Parece difícil acumular en tan pequeño espacio tantas riquezas marmóreas. Las paredes, el techo, el pavimento, todo está revestido de las piedras más bellas y estimadas: el orden corintio más lujoso prevalece en su arquitectura y en sus adornos, obra todo de Galilei, á la mitad del pasado siglo. La familia florentina Corsini, y en su representación el Pontífice Clemente XII, que á ella pertenecía, quiso erigir á su ilustre antepasado, San Andrés Corsini, un monumento digno y perdurable. La capilla tiene la forma rigorosa de cruz griega; entre dos bellísimas columnas de verde antiguo aparece el retrato en mosaico de San Andrés (copia del Guido Reni, que está en la galería Barberini), sirviendo al altar de magnífico ornamento dos estatuas de mármol, que representan la Inocencia y la Penitencia, esculpidas por Puicellotti. Allí se ve la tumba de Clemente XII: la urna de pórfido, en que reposan las cenizas del Papa, estuvo en otro tiempo en el pórtico del Panteón; perteneció sin duda á las termas de Agrippa. El simulacro del Pontífice arrodillado; el de enfrente, del Cardenal Neri Corsini, tío de Clemente XII; las grandiosas estatuas de la Caridad y de las cuatro Virtudes Cardinales, más ricas que bellas, más notables por el trabajo escultural, que por el espiritualismo religioso que las anima, los bajo-relieves, que recuerdan sucesos de la vida gloriosa de San Andrés, la variedad y esplendor de los mármo-

les, que desde el pavimento á la cúpula llenan aquel recinto, dan, como queda dicho, á la capilla Corsini el carácter y la importancia de uno de los más hermosos gabinetes artísticos, que puedan visitarse en Roma. Debajo de la capilla, y comunicando con una cómoda escalera, que parte del lado del Evangelio, está el panteón de la familia Corsini: es una estancia redonda, subterránea, en cuyo derredor hay una serie de sarcófagos de mármol, que la mano helada de la muerte va encargándose de cerrar. En el centro se ve un altar, y sobre el altar llama poderosamente la atención una obra maestra de escultura: la Virgen María, con Jesús crucificado en los brazos, admirable grupo de *La Piedad*, que no debe temer la comparación con aquel otro de Miguel Ángel, que está en la primera capilla del Vaticano, á la derecha. El insigne anticuario Nibby da como autor de este hermosísimo grupo del panteón Corsini al escultor Antonio Montanti; los críticos y arqueólogos posteriores lo atribuyen á Bernini, el artista fecundo, que en la plaza del Vaticano, y en el puente de Sant Angelo, y en la fuente de Plaza Navona, y en todas las regiones de la ciudad de las siete colinas, dejó espléndidos testimonios de su genio.

La capilla Torlonia, mucho más moderna (fué acabada en 1850), es también notable por la riqueza de los mármoles, que la decoran, y por el hermoso alto-relieve en mármol blanco, que representa el Descendimiento de la cruz, insigne obra del escultor Tenerani, gloria viva del arte y de la Italia.

Dos monumentos muy respetables, uno de la pintura y otro de la escultura, guarda la Basílica Constantiniana: es el primero un cuadro al fresco de Giotto, que representa á Bonifacio VIII, entre dos Cardenales, publicando el jubileo del año santo 1300: el segundo es el sepulcro del Papa Martino V (*Colonna*), debajo del altar papal, en la capilla, que se llama la Confesión de San Juan Evangelista: consiste en una grandiosa urna de mármol blanco con cubierta de bronce, en la cual está esculpida, con las vestiduras de la dignidad suprema, la efigie entera de aquel gran Pontífice, que puso fin al cisma de Occidente. Esta magnífica muestra del desarrollo, que la escul-